

Paz: criaturas anfibias, las palabras

por Roberto Diego Ortega

En *Pasado en claro** Octavio Paz busca situar y limitar en un tiempo a la palabra, fijarla y diversificarla, intentar su disolución y recreación más vasta, la unidad y pluralidad susceptible de aprehenderse en un mismo espacio —la poesía— mediante un solo elemento: la palabra. *Pasado en claro* es la búsqueda de un orden en un camino de ecos “que la memoria inventa y borra”, la descripción de un espacio, la contemplación de un mundo inmediato que de pronto es un pensamiento abstraído en su propio esencia.

“Un charco es mi memoria”, escribe Paz; desde ese charco sus ojos lo miran “a los ojos”. A su vez, ese charco es convocado por la palabra, es una palabra que se evapora con otra: “sol”. Quedan vestigios intestados y una pregunta: “¿Dónde estuve?”. . . Entre muros indecisos, entre palabras que son revelaciones y abominaciones, en el recuerdo de haber sido “la hendedura del tronco”, sitio donde se desordenan los sentidos: “Son ojos las yemas de los dedos, / el tacto mira, palpan las miradas, / los ojos oyen los olores”.

“Derrumbe silencioso de horizontes” que insinúa la memoria de un pasado, donde un abuelo es dueño de la noche y se evocan viajes y vivencias. Todo son probabilidades al borde de la caída o la consumación: “Adolescencia, país de nubes.”

Receptor de vivencias, juez, espectador eterno que registra el mundo mediante su escritura, el poeta habla de familias:

criaderos de alacranes:
como a los perros dan con la pitanza
vidrio molido, nos alimentan con sus odios
y la ambición dudosa de ser alguien

Pero esta afirmación pronto deja el plural por el singular: “También me dieron pan, me dieron tiempo.” Y este tono que habla de tías y abuelos, tan personal, autobiográfico, también pide una distancia entre el autor y el texto. Rompe consigo mismo, parece ser una voz anónima:

Del vómito a la sed,
atado al potro del alcohol,
mi padre iba y venía entre las llamas

Paz intenta decir: no hay pasado ni futuro, sino ambos en un mismo tiempo; no hay individualidad ni anonimato, sino ambos en un mismo espacio. Como en *El Mono Gramático*, aunque quizá con menor tensión poética, todo tiende a disolverse en el elemento esencial que es la palabra.

En *Pasado en claro* la voz del poeta, su poesía, es el centro del mundo, y a la inversa. Esta unidad y pluralidad (“me habló del cuerpo, los cuerpos de mi cuerpo”) parte y llega invariablemente a la visión que tiene Paz del lenguaje: “a través de nosotros habla consigo mismo el universo”. *Pasado en claro* es así un intento que nace, se sostiene y concluye siempre en la palabra, la verdadera historia para Octavio Paz.

Son criaturas anfibias, son palabras.
Pasan de un elemento a otro,
se bañan en el fuego, reposan en el aire.
Están del otro lado. No las oigo, ¿qué dicen?

No dicen: hablan, hablan.

Para esta posible lectura, Paz va al encuentro de sí mismo desde donde el lenguaje se desdice (página 11), pero encuentra la pregunta “¿Y para qué digo todo esto?” Por fin —¿por principio?— la poesía nace o ha nacido “en la disipación de las imágenes / el ahora es ya, vacante, espacio puro”. El tiempo transcurre “sin transcurrir”, “pasa y se queda”; probablemente se está ya en “la plenitud vacía”. Todo dice: *nada*, y a la inversa:



Octavio Paz

El tiempo y sus combinaciones:
los años y los muertos y las sílabas,
cuentos distintos de la misma cuenta.

La frase final de *Pasado en claro* es reveladora: “Soy la sombra que arrojan mis palabras.” Las palabras en Paz son el sentido de la existencia; la única manera de explicarse y de explicar el pasado es la poesía. *Pasado en claro* hace de la poética delineada en *El arco y la lira* una experiencia vital, autobiográfica, que se expande hacia sí misma y hacia el lector, que hurga en un pasado que también puede ser un futuro o, simplemente, una *idea* del tiempo que permanece fija. El tiempo y el espacio que Paz quiere convocar y disipar a la vez en este texto.

(*) Paz, Octavio: *Pasado en claro*, México, FCE, 1975, (44 pp.).

Castillo: la poesía es una piedra considerable

por Manuel Fernández Perea

Voy, voy, hijo, si no es enchíleme otra. Y las viejas apretadas, que chinguen a su madre; y los poemas jalados, idem; y los poetas catrines, que se mueran. O qué chingaos, “yo sé que el hombre puede encontrar su pandero sentimental sin raspaduras, sin las jorobas de la tal Belleza. Meramente en la mitad de la Avenida con los pelos en la mano, como quien dice pegar y salir, como quien dice pegar y salir a la muerte”. Y rifársela, carnal, jugársela siempre, “ahora que el mundo anda echando reparos, hipos de intoxicado”, “uno es capaz de hacer cualquier cosa para librarse de la quemadura de la realidad, de hacer fintas, gambetas hasta con las orejas”. Porque “para ser hombre en 1975 hace falta no cagarse, hay que mantener las anginas en su lugar, desbocarse hacia el amor hasta sus últimas calambrinas; hay que romperse el hocico en las banquetas, regañar a las estrellas en pleno día, jamás ser lo mismo que ‘buenas noches’ o el ‘pan comido’”. Porque cámara con la vida, hijín, maese, cámara con esta “joda de a diario” que nos aplasta el océano en el asfalto y nos pica el